

— Amén; — contestó el carcelero.

— Mis exhortaciones, — añadió el monje como para justificar sus últimas palabras, — han sido de todo punto inútiles.

IV

LA VENGANZA DE LA MUERTA

Tiempo es ya de que volvamos á encontrarnos con Carlos de Entragues y con Jannie de Goulaine, los jóvenes enamorados que sufrían, inocentes, las consecuencias de una acción infame cometida en otros tiempos por el marqués de Villequier, tutor en la actualidad de la sin par muchacha por la cual sentía una pasión tan senil como egoísta.

Enteremos pues al lector de que apenas salidos de la casa que pudiéramos llamar del duelo eterno, y luego de despedirse de Sed de Amor, hubo de preguntarse Entragues en qué techo hospitalario podría pedir albergue para la animosa niña cuya insospechada presencia de espíritu habíala substraído á la espantosa suerte que le tenía reservada Francisco de Balzac, el vengador de la muerta.

Carlos pensó ante todo en el Luvre, donde la piadosa Luisa de Lorena mostrábase siempre dispuesta á

proteger á los débiles; luego recordó que en el Hotel del Prevostazgo, Margarita de Arcourt Longueville recibía con gran benevolencia á no pocas desgraciadas inicuamente perseguidas, y hubo de pensar asimismo que la marquesa de Villanueva-Marsan acababa de reintegrarse á su casa del Arrabal San German. Estas tres mujeres eran, sin duda, grandes protectoras; pero no le parecía á Carlos cosa fácil el hacerse recibir por ellas á semejante hora.

Quedábale un recurso: el de conducir á la pupila del canciller al Hotel de Guisa, cuartel general de la Santa Liga. La idea no dejaba de ser atrevida, pero era la única inmediatamente realizable en el caso extremo en que habian puesto á ambos jóvenes la locura del hermano de él y las indignas pretensiones del tutor de ella.

Decidióse pues á realizarla. Precisamente hubo de recordar en aquel momento que en aquella misma noche debían celebrar conciliábulo los principales jefes de la facción de los príncipes lorenenses en la casa-fortaleza de Enrique de Guisa, en el barrio del Temple, con objeto de acordar las medidas conducentes á una acción que parecía decidida para muy en breve.

Si Carlos conseguía colocar á su amada bajo la protección de la bandera de la cruz, podía considerar desaparecido todo peligro para ella.

— Jannie, — le preguntó — ¿os sentís capaz de hacer una larga caminata?

— No solamente no me asusta la distancia que sea preciso recorrer, — contestó la joven — sino que me

siento con fuerzas para sosteneros durante todo el camino; podéis pues apoyaros en mi brazo sin cuidado alguno.

— Gracias, mi querida Jannie, muchas gracias. Por una cuestión de honor mal entendido perdí hace poco la noción de las cosas, y os dejé indefensa, sola contra Francisco; pero eso no quiere decir que me halle ahora dispuesto á tolerar que me sostengáis. Lejos del ataúd de cristal he recobrado toda mi energía.

Dicho esto, desenvainó la espada, y añadió enseguida:

— Los peligros en Paris son numerosos á todas horas, pero mucho más durante la noche; permitidme pues que os dirija y os defienda. Juro á Dios que, si llega el caso, los malhechores que nos ataquen perderán lastimosamente el tiempo.

Apoyóse la señorita de Goulaine en el puño izquierdo del caballero y ambos se pusieron en marcha dando vuelta al patio de la trapería y al cementerio de los Inocentes, marchando con precaución para no tropezar con los numerosos montones de inmundicia, ni poner los pies en los charcos de agua sucia, que eran tantos en número como los estercoleros.

La mayor parte de las vías de Paris por aquel entonces dejaban mucho que desear en punto á limpieza; eran estrechísimas, desprovistas de empedrado, mal urbanizadas, y faltas en absoluto de toda iluminación durante la noche. A veces, de trecho en trecho, era posible encontrar alguno que otro retablo en el que parpadeaba humeante una luz de aceite que no conse-

guía disipar las tinieblas de aquel caos invisible en el que lo menos malo que podía sucederle al transeunte trasnochador era dejar su escarcela y lo mejorcito de su indumentaria entre las manos de los ladrones de toda laya para los que la obscuridad era elemento esencial de vida próspera.

Nuestros dos enamorados recorrieron algunos callejones y las calles Nueva de San Merry y del Hombre Armado, sin que durante el trayecto les inquietase nadie. No encontraron en su camino ningún hombre, ni siquiera un perro. Al llegar al extremo de la calle de Braque, costearon en fin altas murallas almenadas, que defendían los aledaños de dos casas principescas, dos fortalezas, mejor dicho: los Hoteles de Clisson y de Guisa.

Carlos de Entragues golpeó con el pomo de su espada en el portillo principal del segundo de los nombrados edificios.

Alguien llamó á las armas detrás de la puerta, y hasta los oídos de los dos jóvenes llegaron, ahogados por la distancia, juramentos de voces roncadas que hablaban en alemán. Luego les fué preguntado desde el interior, detrás de la reja de hierro:

— ¿Quién viene á turbar el reposo de su alteza ducal?

— ¡El ramo de muérdago! — contestó el conde.

Tal respuesta debía ser un santo y seña, por cuanto la puerta de roble macizo giró sobre sus goznes, entreabriéndose lo bastante para dar paso á los que llegaban.

Un momento después Carlos y Jannie se encontra-

ban en un inmenso patio en el que acampaban seis compañías de mercenarios teutones, alumbrados por las lenguas de fuego de numerosas antorchas.

Conviene decir aquí que Enrique de Guisa, hermano del rey, vivía constantemente en pie de guerra. Sin embargo, desde la noche funesta de San Bartolomé, en que fueron exterminados los protestantes, nunca como entonces había alojado en su casa tan numerosas fuerzas de alemanes.

Nuestros jóvenes hubieron de pasar, siguiendo á un oficial, por entre aquellas cohortes, para llegar á la antecámara en las habitaciones ducales.

Entraguet no se había equivocado. Las ventanas del departamento reservado al de Guisa aparecían iluminadas interiormente con verdadera brillantez. La reunión debía hallarse en su pleno, y tal vez, sin el ruido de las conversaciones de la soldadesca, hubiera podido oírse el rumor de las voces de los que en la sala sin duda discutían.

Así era en efecto. El ordenador de la San Bartolomé, verdadero jefe de la liga, presidía en el gran salón una asamblea compuesta de sus más notables partidarios, enemigos todos, en mayor ó menor grado, de los Valois. Hubiérase dicho que presidía sus estados al verle ocupando un asiento más elevado que los demás, teniendo á su derecha á su hermano Luis, cardenal de Lorena — el cardenal de las botellas, como le llamaban generalmente por su afición á los buenos vinos — y á su izquierda á su hermana María, duquesa de Montpensier.

En frente del de Guisa habían tomado asiento el

cardenal de Armañac, el duque de Mayenne, Juan de Monluc, Bussy Leclerc y la pléyade de sus capitanes. Pero no se veía á ninguno de sus miñones ó favoritos que no fueron convocados, y no por desconfianza, sino porque hubieron de recibir el encargo de enterarse diplomáticamente de lo que ocurrir pudiera en el campo enemigo, misión que, como hemos visto, cumplian concienzudamente excitando los ánimos de los miñones del rey en el domicilio del señor de Epernon.

La duquesa de Montpensier, mujer bonita y egeria de la Liga, hablaba en el momento en que la presentamos á nuestros lectores, procurando exaltar á los congregados, cosa que, como mujer, no le era difícil. Resultaba en realidad encantadora cuando hallábase sentada; y aun cuando era ligeramente coja, su claudicación, apenas notoria, dábale un encanto más, al decir de sus innumerables admiradores, y aun de sus amantes, que fueron pocos.

No quiere esto decir que la duquesa fuese más gazona que la generalidad de las grandes damas de su tiempo; lo que hay es que supo emplear bien sus naturales encantos, sin prodigarlos demasiado. Hubo quien la acusó más tarde de haber sido instigadora del asesinato de Enrique III, fanatizando á Jacobo Clemente con la esperanza de que se entregaría á él más tarde; pero eso son cosas que no han podido comprobarse y acerca de las cuales la historia guarda piadoso silencio.

— Señores, — decía la noche en que la presentamos al lector — estamos ya, como quien dice, al fin de la jornada. Esta mañana estuvo á punto de caer en nues-

tras manos, en la calle de San Antonio, el último hijo de la italiana. Sin la inopinada intervención de un joven aventurero que nos pareció debía ser de los nuestros, á estas horas estaria el rey en nuestro poder. Desgraciadamente, en lugar de seguir y apuñalar al audaz extranjero, como debieron hacerlo, nuestros mercenarios, á juzgar por lo que se nos ha dicho, le defendieron por haber reconocido en él, según parece, al famoso entortador del Prado de los Clérigos. Conviene decir sin embargo, que ellos no pudieron pensar que el enemigo de los miñones del Luvre, el hombre que había entrado en Paris con la rama de muérdago, la contraseña que nos permite reconocernos, colocada visiblemente en su sombrero, se propusiera substraer al noble duque la presa por él tan deseada. Cierto es que también se portaron mal los truhanes de la Corte de los milagros, que lo dejaron pasar: pero es, según se nos ha informado, porque al verle creyeron reconocer en él al cruel bandido Sed de Sangre. Este último no podrá ya estorbar nunca más nuestros proyectos, porque según se nos ha manifestado, ha sido al fin detenido. Pero vengamos á lo que motiva nuestra reunión, y felicitémonos, señores, del desenlace de la aventura de la calle de San Antonio, pues gracias á ella hemos podido hacer un recuento de nuestras fuerzas, y nos será fácil corregir las imperfecciones que han podido observarse en ese atentado, que se preparó, la verdad sea dicha, con alguna precipitación.

— ¡Dios ha dispuesto que sucedan así las cosas, hermana! — dijo con solemnidad el cardenal de Lorena.

Y la Eminencia de Auch añadió por su parte :

— Dios vé en efecto, lo que nosotros no podemos ver.

El duque de Guisa reía sin disimulo.

— Señores, — declaró con gran afabilidad — la divina protección nos ha hecho en realidad objeto de sus preferencias, y lo que parece un fracaso nos permitirá preparar, en excelentes condiciones, una victoria definitiva, según comprenderéis por lo que vá á deciros Maria.

Sonrió al oír estas palabras la duquesa de Montpensier, y dijo con gravedad, mientras ocultaba bajo el capillo una mecha rebelde de sus rubios cabellos :

— Su Eminencia de Armañac, nuestro primo, y mi hermano Luis, están en lo justo, señores. La Providencia se ha puesto de nuestra parte, y de ello podréis convenceros, teniendo presente lo que voy á deciros. Recordad que debíamos capturar á Enrique de Valois en el decurso de una fiesta que el Prevoste de los mercaderes debía dar en la casa del pueblo. El éxito nos parecía tanto más problemático cuanto que la casa de la ciudad se encuentra en el centro de un barrio muy populoso, y muy cerca del Luvre y del Chatelet, donde gran número de arqueros, arcabuceros y guardias están siempre prontos á ir á donde se les mande. Hubiera sido por lo menos inevitable la efusión de sangre. Pero he aquí que el grotesco titular del trono de Francia, influido tanto por su nativa pereza cuanto por los consejos del mago rojo, quien sin darse de ello cuenta trabaja en favor nuestro, ha adoptado una sapientísima resolución, que con seguridad no adivináis.

— ¡Vaya! — dijeron Montluc y Bussy Leclerc.

— ¡No, no! — exclamaron los demás. — No sabemos de qué se trata.

— El procurador del Chatelet podrá deciros que el rey ha tomado todas las disposiciones necesarias para enajenarse las simpatías de los parisienses.

— ¡Sin olvidar ninguna! — interrumpió Bussy.

— Y el señor de Balagny — continuó diciendo la duquesa — podrá á su vez deciros que ha llevado la imprudencia hasta el punto de escoger como lugar para la fiesta de mañana, la torre de Nesle, situada en la orilla izquierda del Sena y lejos de los soldados que hubieran podido acudir en su socorro.

— ¡Es cierto! — confesó Montluc.

— ¡Y tanto! — añadió el duque de Nivernais. — Como que para la celebración de esa fiesta he puesto el Hotel y la torre, que son de mi propiedad, á disposición del prevoste de los mercaderes.

— Lo que equivale á decir á mi disposición; — gritó el duque de Guisa, cuyas palabras fueron cubiertas por los entusiastas ¡bravos! de los concurrentes.

Maria de Montpensier hallábase muy ocupada en cortar, con tijeras de oro, sus nacaradas uñas.

— Valois está condenado irremisiblemente; — dijo cuando se hubo restablecido la calma. — Ya me parece estar viendo cómo cae su cabellera bajo la acción de este precioso instrumento.

Y blandía al decir esto sus tijeras de oro, aquellas tijeras destinadas á tonsurar al regio señor de la casa de Lorena, cuyos feudatarios eran tan ambiciosos como

inquieta, y pasaba por sus carnosos labios la punta de la rosada lengua.

Hubiérase dicho que la felina cojita gustaba por anticipado del placer que se prometía para muy en breve.

Como si así lo comprendiera, Enrique de Guisa la amenazó con amistoso gesto, y preparábase ya á distribuir los puestos para el próximo choque, á enumerar las recompensas, bonos de caja, donaciones, honores y grados que era factible ganar sirviéndole bien y fielmente, cuando hubo de ver que cruzaba la galería inmediata al gran salón un oficial, tras el cual marchaban Carlos de Entragues y Jannie de Goulaine.

— ¡Bien está! — dijo bajando la voz. — Ahí vá Entraguet á presentar sus respetos á mi esposa. Buena pro le haga. Prefiero verlo allí que con nosotros, porque me parece que su lealtad se ha entibiado mucho, pero mucho. Ese muchacho corre demasiado tras de las faldas.

En un gabinetito, separado de la sala en que se celebraba la reunión por espeso muro acolchado con telas de Flandes, hallábanse en aquel mismo momento dos mujeres, muy ocupadas en calentar sus breves pies á la llama de la chimenea, apoyando cada una de ellas un codo en el velador colocado entre ambas.

La conversación habia sin duda languidecido entre las dos mujeres, de las que una era rubia y morena la otra. Ambas, sin embargo, debían gustar á los hombres aunque por razones diferentes; porque si en el altivo continente de la primera transparentábase cierto senti-

miento de confianza ciega en su mágico poder, acusaba el semblante de la segunda excepcionales dotes de bondad y de dulzura.

Una era hermosa, y podía ser amada; mientras que la otra, bonita sencillamente, debía inspirar sentimientos rayanos en la adoración.

Era la primera Catalina de Cleves, viuda de Antonio de Croy, príncipe de Porcieu, y casada en segundas nupcias con Enrique de Guisa. Amorosa por naturaleza, no logró congeniar con su marido, hombre de hierro que habia puesto en la guerra todos sus amores, y pensaba, con delectación, que pudiéramos calificar de morosa, en el joven Pablo de Stuer de Caussadé (1) á quien proyectaba entregarse en cuanto se presentara ocasión de hacerlo con relativa decencia.

La segunda, aunque de baja extracción y tímida por naturaleza, habia dado no poco que hablar á los desocupados cortesanos quienes encomiaban la sinceridad de los consuelos que supo ofrecer á un rey enfermo. Era la hermosa orleanesa María Tuchet, viuda de corazón de Carlos IX.

Es de suponer que la altiva duquesa debió recibir órdenes especiales por lo que respecta á María Tuchet, y motivos hay para afirmar que si soportaba sus visitas, admitiéndola además en su intimidad, era porque así hubo de ordenárselo su marido el de Guisa, deseoso de tener al alcance de su brazo, cuando la

(1) El conde de San Megrin llegó á ser más tarde su amante, y fué muerto, antes de cumplirse un año de esos amores, y á la puerta misma del Louvre, por las gentes del duque de Guisa.

ocasión se presentara, á la antigua favorita del difunto monarca, y al hijo de la misma, duque de Alenson.

Decíamos pues que ambas mujeres permanecían calladas, y como pensativas. Cuando los dos jóvenes fugitivos de la calle del Gallo se presentaron á la puerta del gabinetito, la duquesa levantó la cabeza, y su sorpresa fué grande al ver que de Entragues se arrodillaba en presencia suya, obligando á su compañera á hacer lo mismo, gracias á una dulce pero visible presión de mano.

— Podéis quedaros, amiga mía; — dijo deteniendo á la morena María que se preparaba á retirarse. — Vuestra natural bondad podrá emplearse tal vez en el caso de que, como parece, tenga el conde que hacerme alguna súplica.

Luego, satisfecha al ver que María Tuchet ocupaba de nuevo su sitio, añadió alegremente :

— Ya podéis hablar, conde; pero decidme, ¿quién es esta hermosa señorita? ¿Me ha sido ya presentada? Levantaos, levantaos ambos, ó vais á hacerme creer que se ha cometido un crimen.

— Señora, — contestó Carlos de Entragues sin abandonar su postura de suplicante, — vengo á hacer un llamamiento á vuestra gran bondad y á rogaros os dignéis conceder vuestra protección á esta niña á quien amenaza una triste suerte que no ha merecido por cierto.

— ¿Sabéis, conde, que sois un hombre singular? — dijo sonriendo Catalina de Cleves cuyas narices se dilataban respirando el incienso de la lisonja. —

¿Cómo queréis ni que conceda ni que rehusé lo que se me pide, si aún no me habéis dicho el nombre de esta joven por la que debo interesarme tanto?

— Perdone vuestra alteza un olvido involuntario; se llama Jannie de Goulaine.

— Buena casa.

— Y lo que desea es no reintegrar el domicilio de su tutor el marqués Luis de Villequier.

— Deseo que me resulta muy comprensible, — exclamó la duquesa, ayudando á Jannie á levantarse. — Una señorita digna de ese título no puede permanecer dignamente bajo la férula de ese hidalguete libertino. Tomad asiento junto á María, hermosa niña, y vos conde, venid acá y contadme de cabo á rabo la aventura que me vale esta visita. Porque supongo que vais á hacerme un relato de algo tal vez escabrosillo...

— Menos escabroso que sombrío, señora; — balbuceó Entraguet, luego de colocarse donde se le indicaba. — El principio remonta á los tiempos en que la dama de Anet reinaba en la corte de Enrique II... ¿Permitirá vuestra alteza que lo tome de tan lejos?

— Tomadlo por donde os plazca, conde, pero no nos lo hagáis esperar tanto, ¡que diablo! Mirad, ahí tenéis á la buena María encariñada ya con vuestra protegida y temblando por ella.

Obediente al amable mandato, Carlos de Entragues narró su juventud vivida en un ambiente de venganza en el domicilio de su hermano mayor Francisco de Balzac. Las aventuras de Verbena de Nattier dándose la muerte en medio de una orgía sorprendieron á la

duquesa, quien tuvo frases de compasión para esa nueva Lucrecia, aunque sin aprobar su conducta, porque hubo de pensar *in petto*, que el género de ultraje de que Verbena fué víctima tiene también sus compensaciones. Pero lo que la dejó estupefacta fué la venganza jurada por Francisco. Lo del ataúd de cristal la entusiasmó.

— ¡Eso sí que es original! — exclamó palmoteando.

— Es preciso, conde, lo que se llama preciso, que yo vea con mis propios ojos esa capilla ardiente.

— Paréceme, alteza, — contestó dignamente el joven — que hay algo más urgente que hacer en casa de mi hermano.

— ¿Qué es ese algo?

— Volverle á la razón, señora.

Tal era asimismo la opinión de María Tuchet, quien se atrevió á insinuar:

— Yo os ayudaré en esa tarea.

Y es que lo que más había llamado su atención, en el relato hecho por Entraguet, fué el dolor obstinado, monumental, terrible, del prometido de la muerte. Y pensando en ello, decíase interiormente la dulce amiga del rey Carlos, que tal vez ella, eficaz consoladora de las almas laceradas, amorosa desengañada pero siempre amante, podría ejercer una acción redentora cerca de aquel obstinado y feroz guardador de un duelo vitalicio.

Jannie contestó con una presión de mano á su promesa de abnegación, y Carlos se la agradeció con una mirada respetuosa.

Este último continuó su relato, contando sucesivamente sus primeras entrevistas con la pupila del canciller; sus confidencias á su hermano; la alegría vengadora de Francisco, y por último la dramática escena que entre ambos hermanos se desarrollara en la cámara mortuoria, así como el epilogo de la misma, en que habían actuado la viva y la muerta.

Firme en la idea que se le ocurriera poco antes, la duquesa, una vez terminado el relato de Entraguet, preguntó á éste:

— Vamos á ver, ¿creéis posible conseguir que el señor Francisco de Balzac repruebe su juramento?

Fué Jannie la que contestó.

— Señora... alteza, — dijo — yo creo que bastaría con demostrarle que la pobre víctima de mi tutor está hace mucho tiempo en el cielo...

— Y que desde allí, — interrumpió inspirada María Tuchet — sufre tanto al considerar que se proyecta un nuevo crimen, como sufrió en aquel entonces, cuando hubo de preferir la muerte al deshonor.

— ¡Eso, eso, está muy bien! — dijo Catalina de Cleves agitando una campanilla. — Nadie como vos, mi querida María, para fortalecer las almas debilitadas. El remedio ese puede resultar una maravilla si para emplearlo no se espera más de lo que ya se ha esperado.

Algunas camaristas se presentaron al oír la campanilla.

— Nuestras capas; — ordenó la duquesa á una de ellas, añadiendo al punto:

— Tú, Edwigis, haz preparar al punto la silla del señor duque y la mía; tú, Maillepré, cuida de que los linternarios llenen los vasos de las antorchas envueltas; y tú Saint-Phar, di al vizconde de Pouille que se disponga á acompañarnos con una docena de arcabuceros.

Obedeciendo las órdenes de la duquesa, Carlos y su novia atravesaban por segunda vez pocos instantes más tarde la galería, observando entonces que había terminado ya la reunión de los loreneses; el salón estaba desierto.

María Tuchet hizo montar á ambos jóvenes en su silla de manos, y dejándolos solos fué á instalarse, ocupando el menor sitio posible, en la de su poderosa amiga. Tras ellas marchaba la escolta, y delante un heraldo encargado de evitar todo choque con los trasnochadores, con solo repetir el temido grito:

— ¡Lorena! ¡Plaza al noble duque!

Carlos de Entragues permanecía silencioso, pensando con infinita amargura:

— Si Francisco no quiere perdonar, si se obstina en exigirme que cumpla mi juramento, no tendré más remedio que decir á esta deliciosa criatura que á mi lado se encuentra ahora mismo: « Partid, olvidadme; volved junto á la elevada dama que se hará un deber de defenderos, y procurad ser dichosa. Yo me quedo aquí, en la mansión de las lágrimas, dispuesto á pagar mi perjurio reemplazando en la tumba á la mujer amada á quien he librado de la muerte. »

Jannie, que acababa de leer en los ojos de Carlos lo

que pasaba por el alma de éste le oprimió amorosamente el brazo.

— Señor conde, — murmuró haciendo un esfuerzo — comprendo que tramáis algo que es cien veces más doloroso para mí que todo cuanto he podido sufrir esta noche, y Dios sabe que no ha sido poco... Escuchadme. Cuando luego de haber sorprendido por casualidad la conversación que tuvisteis con vuestro hermano me adelanté á su encuentro, y pude veros rígido y como muerto, tendido en el suelo, precisamente cuando esperaba encontraros en fraternal colloquio con él, senti que algo se rompía dentro de mi pecho y me pareció que la vida iba á escapárseme... Había oído hablar vagamente de prometida deshonrada, de venganza, de talión ¡qué sé yo de cuantas cosas! Aún no había podido comprender nada; nada más que una cosa, que acababais de implorar en favor mío, y que habíais caído al negaros á cumplir al pie de la letra el más implacable de los juramentos. Luego, cuando vi á la víctima invengada, á mi hermana de martirio, cuando pude hablarle y besarla, la luz se hizo en mi espíritu, y tuve un instante de profunda alegría al pensar: « ¡Cuánto me ama! » Bueno, pues para combatir la iniquidad de una palabra dada y oponerle otro juramento no menos respetable, juro, y al cielo tomo por testigo, que nada podrá separarnos al uno del otro; viviré si vivís, y si morís, moriré con vos. Sé que me amáis, Carlos, sí, lo sé, me consta. Para vencer al odio, la pasión insana que insufla el infierno, no hay más arma que el amor, que es de esencia divina...

Iba Entraguet á contestar, pero no tuvo tiempo. La escolta acababa de detenerse en la calle del Gallo, delante del portal del Hotel del silencio. Entonces contempló á su compañera ávidamente, presa de mortal desesperación, como si se propusiera gravar en su alma aquella visión adorada, errante en un paraíso apenas entrevisto, del que la fatalidad parecía excluirle. Y luego de besarla en los ojos, se arrojó de la silla, tendiéndole la mano para ayudarla á apearse.

Catalina de Cleves hallábase ya en medio de la calle examinando el aspecto exterior de la casa misteriosa.

— ¿Quién vela ahí dentro? — preguntó señalando las dos ventanas del primer piso á través de cuyos postigos la luz interior filtraba.

— La locura de un amante; — contestó María Tuchet, arrastrada por propulsión cardíaca hacia aquel hombre único en la historia de la humanidad enamorada; hacia aquel inconsolable guardián de una lámpara apagada.

Una sorpresa esperaba á los nocturnos visitantes.

— La puerta no está cerrada; — declaró el vizconde de Pouille que se había adelantado para reconocer el terreno.

¿Qué había podido ocurrir desde el momento en que abandonaron la casa los dos jóvenes?

Recordará el lector que ya hicimos mención de cierta breve escena de que Sed de Amor fué único testigo. Un hombre, saliendo de la sombra, habíase adelantado á golpear el aldabón, provocando enseguida al dueño de la casa con estas palabras pronunciadas con voz recia y entera :

— Señor de Balzac, conde de Entragues, si no sois un cobarde, abrid al marqués Luis de Villequier.

Por dos veces vióse turbado el sueño de los pacíficos habitantes del barrio con el violento golpear del aldabón y las graves palabras conminatorias.

Sed de Amor no podía saber quién había enviado al canciller á tal asalto, pues ignoraba las intrigas políticas de Salem Kebir; sin embargo, hubo de pensar, mientras esperaba el desenlace de la imprevista escena, que el conde Francisco iba á salir de un momento á otro hecho una furia.

Pero como no fué así, y el conde no se presentaba ni parecía dispuesto á contestar á la provocación, no tuvo más remedio el caballero que alejarse corriendo para llegar á tiempo á la cita que le diera Ayela de Givors.

Acababa apenas de desaparecer tras de la esquina, y ya se disponía Villequier á lanzar por tercera vez su audaz provocación, cuando la puerta se abrió, rechinando sobre sus goznes, y en el umbral se perfiló la silueta de un hombre de elevada estatura : la del eremita de la mansión de duelo.

Francisco de Balzac de Entragues, la espada desnuda en una mano y en la otra el sombrero, mostraba orgulloso el altanero semblante en el que parecía reflejarse una sombría resolución. De él habían en cambio desaparecido las huellas de su reciente acceso de locura, como si al oír la voz de su mortal enemigo hubiese el cerebro recobrado instantáneamente su equilibrio normal.

— ¿Cómo te atreves, verdugo, — preguntó con voz blanca — á perseguirla hasta en el sagrado de mi domicilio?

— Si en el infierno buscase un refugio, allí iría tras ella; — contestó colérico Villequier.

— ¡Infame! ¿Quién ó qué te impulsó á deshonrarla?

— Quiero que *ella* lleve mi nombre.

— ¿Tu nombre? — rugió Francisco. — ¿Pero es que pretendes casarte con ella... aun en donde está?

— Eso quiero saber ante todo, dónde está.

— En su cama. Bella como siempre; divinamente hermosa.

Villequier se estremeció al oír esto y desenvainó su espada.

— ¡Aquí no! — le dijo Francisco con acento imperioso. — Ven, ven á verla, y puesto que somos dos sus pretendientes, que su sonrisa decida entre nosotros. El preferido vivirá con ella, y el otro deberá desaparecer para siempre. ¿Aceptas?

— Pero...

— Si no te avienes á lo que acabo de decir, ten por seguro que no he de mostrártela, dormida en su lecho virginal, deseable como ninguna otra mujer...

— Acepto; — dijo bruscamente el canciller.

— En ese caso sígueme.

Y uno precediendo al otro, entraron ambos, olvidándose de cerrar la puerta tras ellos.

Creía Villequier que iba á encontrarse en presencia de su pupila á la que se proponía llevarse de allí de grado ó por fuerza. Pero Francisco conduciale en

realidad hacia el ataúd donde descansaba su antigua víctima. Y ambos, aunque equivocados, creían haberse comprendido.

La macabra equivocación debía resolverse con efusión de sangre, según tendremos ocasión de ver enseñada. Digamos antes, para el mejor orden de nuestro verídico relato, que como todas las puertas estaban de par en par, Catalina de Cleves ordenó al vizconde de Pouille se instalase con sus hombres en el patio por si su auxilio hiciere necesario; y volviéndose enseguida á Carlos de Entragues le preguntó:

— ¿Dónde creéis que se encuentra ahora vuestro hermano mayor?

— Con seguridad en la capilla ardiente, alteza.

— Pues llevadnos hasta allí, conde.

Subieron los cuatro por la escalera principal y no tardaron en penetrar en la cámara destinada al culto del recuerdo.

En ella les esperaba un espectáculo imprevisto.

La mirada de Catalina de Cleves, solicitada invenciblemente por el ataúd de la momia vestida con galas de desposada, pasó sin detenerse por todo lo que había en el cuarto para no ver más que á la muerta; en cambio sus compañeros detuviéronse estupefactos y como petrificados por el horror trágico del final del drama que les era dado presenciar en aquellos momentos;

Al hallarse inopinadamente en presencia de su antigua víctima, Luis de Villequier hubo de lanzar un rugido de cólera que se terminó en carcajada estridente, y esta á su vez en una blasfemia. En cambio el

primer conde de Entragues parecía preocupado única y exclusivamente de interrogar con la mirada á su antiguo idolo. A la imprecación de su enemigo contestó él con un suspiro de satisfacción, como si se quitase de encima un peso aplastante.

Fué entonces cuando, baja la espada, inflexible como la Justicia, fijos sus ojos devorados por la fiebre en las pupilas extraviadas del criminal Lovelace, dió de Entragues un paso hacia adelante.

— Bestia inmundada, — exclamó con voz cavernosa, — más de tres lustros he pasado en espera de este minuto que vivimos ahora. Turbado mi cerebro por un proyecto digno de los cobardes de tu especie, hube de decidir al principio inmolarse en aras de mi venganza la desdichada criatura á quien haces objeto de tus lúbricos designios.

— ¡Jannie! — suspiró Villequier.

— ¡Sí, Jannie, miserable! Pero el cielo ha permitido que pueda yo escuchar, cuando aún es tiempo, el alegato de la inocencia... Carlos quiso defender á esa víctima, y á punto estuve de maldecir á mi hermano. Mi prometida sin embargo preparaba, en la región serena en donde habita, desenlace más lógico á este drama, y te empujó hacia esta casa á la que llegaste creyéndote atraído por una mujer viva... Ya estás aquí, verdugo; prometiste someterte á la decisión de la muerta, y has perdido. Paga pues. Mátate para cumplir tu palabra.

Villequier permaneció inmóvil, sin oír, sin comprender, tal vez sin ver siquiera lo que pasaba en torno

suyo. Absorto en una especie de contemplación directa, repetía balbuciente :

— ¡Jannie! ¡Jannie!

— Es la pena del talió; — decíale Francisco implacable. — Tu pupila ama á otro hombre, más hermoso que tú, más joven que tú .. Tu decrepitud le da asco y la horroriza... ¿Porqué no la maldices? Maldícela, verdugo, y muere contemplando cómo se aman.

Algo como un relámpago de acero atravesó el espacio. Los cuatro espectadores de aquella escena lanzaron un grito y aun trataron de interponerse; pero ya era tarde, y tuvieron que asistir, horrorizados, á la colosal manifestación de un poder inexorable.

Más rápida aún que su espada, la palabra de Francisco había herido al canciller en el corazón, plétórico de seniles amores. Mordido como por una vibora por las palabras del conde en las raíces mismas de la vida, víctima de la más espantosa de las rabias y babeando espuma sanguinolenta, Luis de Villequier hizose atrás violentamente; ávido de huir de lo que aún se le antojaba alucinación insoportable.

Y fué tan brutal su movimiento, tan alocado, como producto que era de una ataxia nerviosa, que fué á chocar con ímpetu contra el pie de la mesa fúnebre. Saltó en astillas la madera carcomida, hiriéndole una de aquellas en un muslo, y el canciller, perdido el equilibrio, describió una parábola y cayó de bruces, acompañándose su caída de espantoso ruido de cristales rotos.

No obstante la nube de polvo determinada por el hundimiento del catafalco, pudo verse cómo después